

# Un viaje fantástico hacia Octavio Paz

阿波弓夫

## 1. Una experiencia única, pero universal

Octavio Paz, ¿qué es para mí? ¿qué significa para un japonés? Es una pregunta iniciada al otro día de la llegada a México en julio de 1972. Y siguió sin cambio esa inquietud después de conocernos ( en 1987), lo mismo que durante los 10 años de, digamos , socios culturales ( 1989-1998 ). Sin duda que cada momento ha cambiado la manera de preguntar como la de contestar. En realidad, es la mayor experiencia en mi vida, que se recreará constantemente. Para mí significa este poeta mexicano como una experiencia de vivir la literatura. Ahora, a 10 años de su muerte, ya siento necesario compartir esta experiencia extraña de Octavio Paz con los demás. No sé si es verdad , como dice Emmanuel Carballo, que " su poesía convierte en poetas a sus lectores". Pero, creo que esto vale más que mis intereses personales.

Hace unos 40 años que escuché por primera vez el nombre Octavio Paz en la ciudad de México. Y algo así como 20 años de haber oído de cerca su voz humano. En 1972 por primera vez visité México. Pero, después quería ir a Perú para estudiar. Según mi plan inicial, México no era el lugar de destino, sino sólo un lugar de entrenamiento para la vida latinoamericana. No oía el nombre de Octavio Paz , ni leía ninguna de sus obras, pero sí leía apasionado "La Historia me sentenciará inocente" de Fidel Castro, "Siete ensayos de la interpretación de la realidad peruana" de José Carlos Mariátegui, algunos poemas y cuentos de Pablo Neruda y sabía algunas obras de Miguel Angel Asturias ,Che Guevarra, Unamuno, Ortega y Gasset. En mi panorama latinoamericano de entonces no existía Octavio Paz, ni tampoco "El laberinto de la soledad" Tampoco sabía que era cotraductor de "Sendas de Oku" junto con Eikichi Hayashiya. En cambio recuerdo muy bien "Los niños que pintan cuadros", la obra que se trata de la

vivencia en México del pintor Tamiji Kitagawa que tanto me conmovió. En México mi único objetivo era acostumbrarme a vivir , es decir saber algo de una civilización distinta a la mía. Todo comenzó desde cero. Jamás imaginaba entonces que después yo habría trabajado para y con él en Japón y abierto sus páginas de la obra como si caminase en el oasis del desierto de los pavimentos.

Todo pasó accidentalmente. Es imposible explicar ordenadamente todo el cambio que me ha sucedido en estos años. Hubo muchas rupturas, lejos de la consecuencia, tanto de las evoluciones sucesivas, como de las acciones planeadas. De ninguna manera aquí se presenta una historia personal, sino un episodio personal relativo al Octavio Paz dentro de mi vivencia en México.

Para dar a conocer cómo me fuí adentrando en las obras de Octavio Paz, presentaré muy estratégicamente una prosa poética ,que se llama "Encuentro" que forma parte de *¿Aguila o sol?* (1959-1951). La obra ya se había tratado varias veces en mis trabajos anteriormente presentados en la Revista Ronsou de la Universidad de Surugadai, así que no voy a explicarla en detalle. Como es bien conocido, la prosa empieza con las frases siguientes: "Al llegar a mi casa, y precisamente en el momento de abrir la puerta " y termina diciendo lo siguiente: "En el camino tuve esta duda que todavía me desvela: ¿y si no fuera él , sino yo.. ? (pp.188,189) Esta prosa corta con 5 a 600 letras en total nos da la impresión como de ser una novela filosófica o de suspense, cuyo tono se parece mucho al poema breve "La calle" compuesto en el periodo 1937-1947. Ambas obras muestran la originalidad de las poesías de Octavio Paz, es decir la poética de la reconciliación de los contrarios.

La obra "*¿Aguila o sol ?*" forma parte de la obra "La libertad bajo palabra" (1950), primer libro poético, según Octavio Paz. Se dice que "El laberinto de la soledad" (1950) ,su primera obra ensayística, equivale a notas al pie de página sobre esa obra poética. Las dos obras se escribieron en París donde el poeta trabajaba en la Embajada de México en Francia cuya permanencia duraría en total 7 años (1945-1952). Estaba bien alejado de su tierra física y psicológicamente. En cambio, muy influenciado por nuevas ideas, especialmente por el surrealismo , la más revolucionaria corriente artística de aquel entonces, lo despertaban a él sobre la originalidad en su creación poética. En este sentido

"Encuentro" es el fruto de la época, así como de la poética paciana. Pero independientemente de todo el trasfondo histórico y literario, al dar la primera lectura me di cuenta de que ese hombre que está a punto de abrir la puerta soy yo quien ha vuelto a Japón después de 15 años de ausencia. Es un descubrir que el otro yo vivía sin cambio en mi tierra mientras yo estaba en México. Al llegar a Japón nadie hablaba conmigo, sino con el otro yo de antes. Dice la prosa, : ¿De veras no me conoces? , ¿No sabes quién soy?(p.189) Nadie, sobre todo mis padres, hablaba conmigo, sino conmigo anterior, hecho que me daba una sensación de soledad. Sentirse solo estando fuera del mundo. "Me sentí solo, expulsado del mundo de los hombres" Al leer la prosa bajo la misma situación que ésta, me identifiqué pronto con ella y yo pude tener mi visión objetiva para ubicarme a mí mismo en esta tierra de "ajenos". Sin embargo, no dejé de sentirme enemigo del hombre que salió de casa y que gozaba la vida diaria entre todos. Mi imagen inicial sobre Octavio Paz se parecía a algo como la enemistad que tuviera el hombre que sale hacia la que llega a la puerta, o sea a la inversa del "Encuentro", porque eran demasiado novedosas y difíciles de comprender sus ideas para un japonés recién llegado con la mente llena de las ideas estereotipadas sobre México rural. Por eso, es natural que a imagen inicial correspondió la manera de leer "Encuentro". Es decir, se peleaban por Octavio Paz entre el antiguo yo y el nuevo. Serían muy normales las reacciones de la mayoría de los japoneses residentes en México porque ellos equivalen a los hombres que salen de casa y viven sumergidos en la vida cotidiana. Lo mismo que pasa con las de los recién llegados, porque se creen que saben de todo y de todos antes de conocer y suelen oponerse a lo ya conocido y a lo nuevo vivido. En pocas palabras, para justificarse a sí mismo se opone a lo nuevo o a lo otro. Me costó mucho tiempo para transformar mi lectura de la prosa hacia la relación conflictiva entre el antiguo pensamiento que sale de casa y el nuevo que llega a la puerta. Y pasa algo increíble para la consciencia que identifica el yo de ayer con el de hoy. Al transcurrir el tiempo, el punto de gravedad en mi lectura se traspasó hacia las últimas frases : "Eché a andar lentamente. En el camino, tuve esta duda que todavía me desvela: ¿y si no fuera él, sino yo...? La relación "yo"y "él"en guerra se convierte en la otredad:relación inseparable ,pero de constante oposición entre el yo y el otro . Poéticamente

dicho, el instante de la unión de los contrarios. Para mí fue una revelación, pero como fruto de la simple casualidad.



Se fue formando la tercera visión X que trabaja imparcialmente para ver ambos yoes. Tardé unos 5 años después de haber regresado a Japón. México va alejándose de mí. En cambio, fué brotando del agua profunda la imagen jamás conocida antes sobre Octavio Paz. Se van perdiendo todas las formas, colores y sonidos que constituían la imagen de México ,pero que me impedían ver el rostro real de México. Mexico se desnuda y sólo su núcleo brilla en mi mente. En este abismo se me reapareció Octavio Paz como una figura personificada de México. Pero, ¿qué significa esta experiencia de la transfiguración? ¿Porque no se llegó antes a transformar, incluso en México, sino 5 años después ya estando en Japón? Tal vez se debe a la consciencia de la crisis, y no a la crisis de la realidad como señala el siguiente esquema: uno y lo mismo ( o sea, identidad = realidad). Es una relación idéntica entre yo y la realidad. Aquí no existe un desconocido o el otro o el yo enterrado en mí. Por eso no pude llegar a entender el rostro real de Octavio Paz. Sólo se entiende en término de la "enemistad" que constituye el mismo horizonte de la realidad. No estoy claro para cuándo el poeta se convirtió en lo otro para mí. Una vez cuando se llegó a entender el significado de la última frase , "¿y si no fuera él , sino yo...?" , retrocedió hacia atrás la parte interesada al inicio del encuentro con la mencionada prosa. Empezaron a reconciliarse el yo que regresó y el otro que salió. Si no se hubiese identificado con el otro , no se habría comprendido Octavio Paz de la última frase arriba citada. Tal vez no se habría cambiado la idea sobre el poeta. Jamás nos reconciliaríamos. Pensaría que si lo viese la próxima vez , yo lo vengaría. Me habría cautivado el ánimo de la venganza. Sin embargo, la realidad no fue así, sino que se reveló Octavio Paz de todo lo contrario. Respecto a la última frase, "¿si no fuera él , sino yo.. ? , es posible que signifique literalmente que "el falso no es él , sino yo.. ", pero mejor que esa

versión, digo , también hay razón de entender que esto fue el momento de identificarse el enemigo (que " me destrozó la cara") conmigo mismo. Esto no es otra cosa que la toma de la consciencia del otro, que sólo se redescubre en el fondo del subconsciente en sus situaciones extremas. Más allá de la dualidad entre partidarios y adversarios, se llega a la reconciliación sin aniquilarse ni yo ,ni el otro. Este llamado "salto mortal" pertenece al momento privilegiado de la poética de Octavio Paz. Al recordar estos 40 años del primer encuentro, el salto mortal, creo, sería uno de las elementos fundamentales para que uno tenga una visión equilibrada sobre este poeta mexicano. En este sentido él significa para mí la ruptura.

Es natural que la dicha prosa tenga un abanico de interpretaciones tal como es la literatura de verdad. Pero, creo que todo depende de la ventana o la premisa que tenga cada uno en su momento preciso. Todo empieza cuando uno abre la puerta con el ánimo de participar en la poesía y dialogar con el desconocido en ella. La palabra recobra su vivacidad con nuestra participación y se recrea su realidad poética. Lo mismo pasaría con mi memoria de Octavio Paz. Sin duda este trabajo no es un estudio sobre el poeta ni narrativa de mi experiencia sobre él, sino que es un intento de reinventar mi vivencia mexicana desde la ventana del poeta mexicano. Antes pensaba que mi comprensión del mundo paciano dependía de mi contemplación de mí mismo, Pero ahora creo al revés. Pero, por el momento, se trata nada más de lo que se ha captado de acuerdo con el tamaño y la altura de la ventana mía. No es mi intención relatar lo exclusivamente personal.

Octavio Paz y yo coincidimos casi en el momento de " llegar" a México. A México regresó Paz en 1971 después de más de 10 años de ausencia, mientras yo ingresé en 1972 después de unos 3 años de preparativos. Me agrada mucho la coincidencia más o menos de la fecha. Además, mi vivencia en México se dobla casi con la suya .En su vida mexicana veo otro aspecto de mi vivencia , pero no de México, sino de Japón tanto de antes ,como después de 17 años. Entretejidas las dos vivencias en las mismas épocas, pretendo , aunque sentenciado previamente por la parcialidad, informar a mis amigos tanto de México , como de Japón cómo era Octavio Paz para mí.

## 2.1972; Primero México

Mis primeros días en México eran los de la revelación de mi subconsciencia enterrada en Japón. Fueron los días más emocionantes de mi vida, que significan los días de encuentro con la "otra mitad". Hablar, comer, caminar, etc. toda la acción era sinónimo de aprender. Es decir, fueron días verticales en que vivir es aprender y a la viceversa. Sin duda, no tenía razón de ser si no se sabe hablar español ni se comprende. Pero, la situación tal como ésta no me preocupaba ni me presionaba, sino que me sentía complacido como todos los actos deseados y heroicos habrían sido.

En la Ciudad de México no había entonces ni centros culturales ni casas de los estudiantes donde pudieran reunirse los estudiantes extranjeros. Pero, en Mexico no se necesitan nada de esas instituciones para la hospitalidad. Tampoco nadie dice la palabra hospitalidad. La sociedad misma mantiene la capacidad de atender a la gente que visita su país. Es un pueblo hospitalario por nacimiento. Por eso se puede decir que toda la ciudad es un centro de apoyo para los extranjeros. Tal vez los mexicanos mismos no se dan cuenta en eso.

Mi primera noche dormí en la casa de una familia mexicana que está en la calle de Montés de Oca de la Colonia Condesa. Me interesó la denominación "Colonia". Yo conocía el hecho histórico de la Conquista. Pero poco me llamaba la atención sobre la colonización: las dos cosas de la misma moneda. Esa casa era un edificio de tres pisos con su llamada azotea. No era de mansión moderna ni del apartamento, sino un "building" de residencia decimonónica de México. Más fácil sería imaginar cuánta extrañeza sentía con ésta si les dijera que la construcción se parecía al antiguo edificio de Correos Central de Tokio, que está en Yaesu. Desde el aeropuerto abordé el primer metro hacia la casa y unas dos horas después felizmente pude abrir la maleta para dormirla la primera noche en México. Mi primera habitación fue uno de los cuartos de la azotea, con una cama, mesa, silla y un guardarropa, mínima necesidad suficiente para un estudiante. La entrada del edificio, la escalera espiral, la ubicación de mi cuarto, todos estos son mis recuerdos primordiales para mi primer México. Son cosas

inolvidables para mí. Lo mismo que la señora de la casa que me atendía en el desayuno con su cabeza de maquillaje cubierta de toalla . Y el mantel de artesanía mexicana en el que se servían jugo de naranja, café sabroso, pan Bimbo, mantequilla y mermelada y , no hay que olvidar , huevos revueltos. La primera mañana me desayunaba tarde y solo. Me servía café la señora , parece que tendría un poco más de 60 años, diciendo en español mis primeras palabras , "Más cafecito" . Fue mi primera experiencia del español cuando se oyó "cafecito", "juguito"etc. en la primerísima mañanita mexicana.Me hizo trabajar mucho la imaginación. Tiene un efecto mágico. Cualquier palabra, desgastada tanto en su uso diario, tan pronto como se diga con su diminutivo, se convierte en un lenguaje lleno de colores y amistades con las cosas rodeadas. Fueron mis primeras palabras del español que me han gustado mucho porque sentí que tenían colores humanos. Pero hay que decir que una parte de mi asombro se debe a un modo de hablar ,llamado Kawachi-ben que existe tradicionalmente en la región Kawachi, mi tierra natal que se localiza en la parte oriental de Osaka. Es bien conocido el kawachi-ben como el habla popular de aquella región que tiene un lenguaje y una entonación especiales que suenan inconfundibles ante los foráneos. Desde cuando era preparatoriano, empecé a sentir la resistencia ante el lenguaje de mis padres. Es decir, un comienzo de la dualidad lingüística. Me apenaba hablar con ex-compañeros de la escuela primaria y secundaria porque muchos de ellos permanecieron en la región y se quedó intacto su modo de hablar. Mi habla conseguida en la preparatoria de nuevos compañeros "modernos", no les gustó a mis ex-compañeros porque les sonaba cursi. "kaina", "dekka", "yanen" etc, todos son diminutivos de Kawachi-ben. En la adolescencia empecé a usar "sodesuka" (eso es) en lugar de "sokaina" o "sodekka", "doshiteru" (¿qué tal?) en lugar de "doshitennen", "donaiya" etc. En el nivel de habla empecé a vivir confusamente dos mundos. Es decir, yo empecé a sentirme distinto a mis padres. En cierto sentido es una traición. Tal vez yo ya de joven, tenía cierto sentimiento de culpa. Pero, el español me resolvió la discrepancia entre el habla y el sentir. Si digo "¿cómo estás? , desaparecen las diferencias lingüísticas y psicológicas entre "dōshitennenn" "dōsitanya", "dōsitemasuka". Pero, supe pronto que en el habla mexicana hay una variedad de expresiones llamadas modismos: ¿cómo te va?,

¿qué húbole? ,qué milanesa?, ¿qué honda? etc. Tres semanas estuve en Montes de Oca. Luego hice la primera mudanza para la Colonia Escandón, en la calle de Martí. Allí era una escuela del modismo. Hablando en modismo ,nos hicimos amigos. En la calle de Martí el modismo ocupaba un lugar privilegiado en la habla popular. Respiré mucho. Al mismo tiempo me extrañó mucho el Kawachi-ben. Así que desde los primeros días en México empecé de nuevo mi peregrinaje a la palabra.Yo andaba preguntando a mis amigos porqué en México se habla en diminutivo "ito (a)". Descubrí después que hay palabras que mejor no como son "amiguito", "señorito"porque se rieron todos de mí. Es obvio que hay una regla no escrita en toda la sociedad. En Escandón, algunos meses después, descubrí que hay malas y terribles palabras, pero al mismo tiempo extremadamente buenas y afectuosas, o sea campeón del modismo: chingar. Supe después que Octavio Paz ,en su obra "El laberinto de la soledad", ocupa un espacio muy amplio sobre este lenguaje popular.Aquí aprendí que esta palabra mágica pertenece a la particularidad histórica y cultural que proviene de la Conquista y la Revolución Mexicana. Ante la gravedad del tema se me olvidó el sentimiento de la inferioridad por mi habla.Un día de estos mi amigo Mario me presentó por el Hotel de México su amigo poeta Francisco Segovia, a quien tuve suerte de preguntar el porqué del diminutivo en México. Su explicación fue muy lúcida. A mi me impactó. Según él , usando el español con diminutivo, los aztecas trataban de guardar la sensibilidad de sus lenguas nativas .Por eso, como dice Octavia Paz, el ritmo es más importante que el sentido. Se me quedó muy clara la idea. Antes de eso pensaba que el lenguaje o el manejo del lenguaje es cuestión de la técnica lingüística porque se utiliza básicamente como simples medios de la comunicación. Esto significa que las palabras tienen zonas muy humanas además de las profundas raíces históricas y culturales. Japón es una isla de dialectos mientras México es un país de lenguajes. Mi simpatía existía más bien en reconocerme en los mexicanos que guardan problemas de su identidad con el español. Muchos años después esta experiencia me llevó a preguntar de verdad sobre la modernidad de la literatura que discutía solitariamente J. C. Mariátegui en su celebre obra "Siete ensayos de la interpretación de la realidad peruana" y en que Octavio Paz lograba fundar su poética en su más profunda



raíz de la consciencia nacional.

En nuestra azotea había dos habitaciones más : en una, vivían dos estudiantes norteamericanos, "Simon"y"Gufankl", y en la otra, una mujer mexicana de arlededor de 40 años, se llamó Yolanda de mediana estatura y ancha quien no tenía voz. Era guapa y parecía una niña. Hablaba nada más a, e, i, o, u con voz nasal. Mientras hablaba, no cesaba de sonreír como una niña recién nacida. Por eso yo la llamé "sonrisita". Ella me enseñó que el silencio a veces dice más que nada. Un día, no sé qué pasó con ella, me dijo que quería llevarme a su oficina. Ya ni hablar yo tenía que acompañarla porque ella quería presentarme a sus compañeros como un japonés típico. Unos 40 minutos en taxi-colectivo después, llegamos a una oficina, sucursal del municipio. De repente un torbellino de abrazos, palmazos y besos de sus compañeros del trabajo:Pedro, Pablo, Alejandro, Bety, Carmen, etc. no recuerdo quiénes fueron más conmigo, pero simpatiquísimos, alegrísimos, informalísimos. Primera diplomacia de un japonés, así terminó y bien cansado regresé solo en camión a la azotea. Mis primeros tres meses en México así pasaron como si fuera un soldado en el cuartel general. Todo está bajo control y en rigor, así como en sencillez y austeridad. Me levanto a las siete, me desayuno con pan, huevo, jugo y café, y luego salgo a la calle para comprar el periódico,y aprovecho para pasear unas cuadras.Voy y vengo por la misma calle para investigar el arlededor de la zona. Se parece mucho al gato recién llegado que va marcando poco a poco sus medios circundantes. La Colonia Condesa parece una zona antigua residencial para la clase media y alta.Ocupaban muchas cuadras unas casas grandes rodeadas de altos muros pintados con cal de blanco. En sus amplias calles no hay gente ni coches, sino solo los viejos árboles no muy altos del pirul dejan tendidas sus largas ramas verdes hasta el suelo como el telón incandescente por la luz del mediodía. No hay balcones por donde arrojar Octavio Paz sus cartas de amor sin remitente, ni buzones en donde se pudran cartas suyas. Me daba la sensación de la fantasía porque imaginaba que al otro lado del pirul una dama de conde español vivía aún disfrutando el tiempo colonial. Las calles se construyen bien cuadrículadas, así que es difícil de perderse uno. Mi deber de la mañana es

terminar de leer bien un editorial del periódico. Para ello conseguí un cuaderno para la traducción. Se pega un recorte del editorial a la izquierda del cuaderno y a la derecha transcribo la traducción en japonés. Salgo a comer a la una y en la esquina hay un comedor económico. "Teishoku" en japonés aquí se llama la comida corrida. La camarera nos trae plato por plato: primero, salsa, refresco, sopa, arroz y finalmente el guisado del día, pero todo viene en orden y a buena hora. La gente es servida calladita. Nadie come apresurado como corriendo en Akasaka los asalariados japoneses. Aunque haya mesas libres, prefiero siempre una mesa compartida con otra persona a quien pido previamente su permiso. Para mi horario "extra-escolar" la hora del almuerzo es de libre conversación en español. Así mis primeros maestros fueron vecinos trabajadores de la Condesa. Todos ellos comían despacio y tenían tiempo suficiente para escucharme muy atentamente y oportunamente me interrumpían a preguntar su curiosidad: ¿De dónde es?, ¿Para qué viene?, ¿Qué estudia?, ¿Le gusta México?, o ¿la comida mexicana? o ¿la mujer mexicana? o ¿Qué dicen los japoneses sobre México?, etc., etc. Yo hablaba español recto y directo como un soldado, pero nadie me negaba mi compartimiento ni mi español. Todos eran muy caballeros y tremendamente atentos con los que quieren comunicarse. Cuando no les entendía, les pedía que me escribieran lo que querían expresar en mi cuaderno, que siempre tenía en mi mano. Después en mi azotea los intentaba descifrar consultando el diccionario. Si duraba unos diez días la libre conversación, ya sabía casi lo que me iban a preguntar y cómo debo contestarlo. Me asombro de cuánta paciencia tenían mis maestros. Mi clase de la tarde era escuchar la radio. El locutor decía las noticias como metrallata, pero pensaba que era necesario para acostumbrarme al habla normal. Fue un acto inútil. Se parecía a un latigazo en el propio cuerpo que se llama "gyou" en japonés. Era insoportable estar junto a la radio sin saber a qué se refería. Pero el orden militar me decía escuchar con atención la radio por lo menos media hora diaria. Así, pronto se convirtió la radio en una canción de cuna. Inmediatamente después de comer al mediodía, uno empieza a tener un horrible sueño, por eso la radio de la tarde sólo me anunciaba el inicio de la siesta. Y me perdía el sentido unas dos horas todos los días.

Un día llegó el momento oportuno para practicar la libre conversación al

aire libre porque ya había perdido la novedad de la conversación en el comedor. El gato recién llegado ya quiso ser un bravo para salir fuera de la orbita del paseo por la mañana. Una mañana me sentí como puma; una decisión por la aventura. Por primera vez di la vuelta a la izquierda por la parte del pirul y me marché todo recto hacia un rumbo desconocido. Al caminar dos o tres cuadras, salí a una avenida separada por una amplia arbolada de palmas altísimas llenas de cocos. Un cambio brusco de un paisaje colonial del altiplano a la costa de un país tropical. La avenida se llamaba Tamaulipas. Suena muy chistoso para un japonés. "Tama" es bala o un nombre popular de gato, "uli" es el verbo vender o un melón grande y "pasu" es "pass" ( en inglés) o , suena como "masu" ( verbo ser o trucha en español). Es decir, "vender un gato tama" o "gato tama vende trucha" o "vendo balas". Una combinación fantástica de los sonidos entretejidos de multilinguas. Las dos avenidas de ambos sentidos ligéramente están inclinadas como una ladera este y oeste. El suelo se va hundiendo. No camina nadie por la calle. ¿Porque estamos en la mañana? A veces pasan los coches, todos grandes y clasicos, pero inclinados por el lado derecho. Me di vuelta en Tamaulipas a la izquierda, o sea tome la dirección que me alejó más de la calle Montés de Oca. El cielo azul se extendía alto y amplio porque los árboles de pirul se acabaron. Caminar por una ciudad desconocida es una sensación extraña sobre todo para un gato recién llegado. Pero, también de alegría. En unas cuadras llegué a un cruce de 4 rumbos. Preferí seguir avanzando sobre una avenida amplia que es más o menos la prolongación de la Tamaulipas. Se llamaba la Avenida Patrimonialismo. recordé el nombre de Max Weber, sociólogo alemán del siglo XIX. Otros días supe que la avenida contra sentido se llamaba la Revolución. Supe que caminar en México es pensar en la historia universal. Nada me interrumpía la vista panorámica con el horizonte en el fondo del pavimento. Por primera vez sentí la grandeza del territorio mexicano. Sí, hay casas, tiendas de comercio , balcones, garajes, patios, entre otras cosas. Yo no conocía el cansancio. Pero el sol del mediodia era muy ardiente. Yo puse la mano derecha en mi frente para defenderme los ojos de los rayos fuertes porque tenía un Excelsior en la mano izquierda. Y justo en ese instante, sucedieron cosas inesperadas. Un coche de tamaño supergrande llegó casi volando desde el lado extremo de la avenida

hacia mi lado como si fuera el lanzamiento de una gaviota hambrienta al mar. Muy sorprendido porque si apenas me atropellan o me secuestran, yo como gato salté ligeramente para atrás, pero sin claxon y como si nada hubiese pasado, se abrió la puerta delantera, no de atrás. Ví a una mujer adentro y a su lado había un hombre de bigote al volante que dijo de repente "¡Apúrese!" "¡Apúrese!". Esa mujer me hizo un hueco invitándome a sentarme allí. Ni modo, hay que entrar. Atrás estaban tres hombres sentados bien apretados. Se quedaron como tres estatuas de bronce que no miraban a nadie ni se oía nada. Advertí que era un taxi-colectivo. Olía a cebada bien bañada por los rayos del sol. Al meterme en el carro, de repente se me ocurrió una intriga sobre mi bolsillo. Mi cabeza hizo un cálculo sencillo. Salí a la calle con 10 pesos en la mano para comprar un periódico. Esto quiere decir que tengo nada más 6 pesos del resto. Ese Cadillac, como si fuera un "launch" se frotaba a la derecha o a la izquierda. Un rosario estaba amarrado al retrovisor bajo el cual se movía la imagen de la Virgen María junto al Cadillac. Dejando enorme humo atrás el Cadillac arrancó a gran velocidad y sólo unos segundos después ya entraba en la avenida de las palmas tropicales. Al pasar la esquina el chofer se hizo cruces en el pecho y yo lo ví cerrar los ojos. Tengo que bajarme ya si no ... "Aquí por favor!" De repente salieron las palabras de mi boca. Se paró el coche como si tuviera otro choque de electricidad. Me dije, "¿Aguila o sol?". Pero, sin misericordia se oyó "siete" por boca del bigote. Yo saqué del bolsillo los últimos 6 pesos pensando qué iba a decirle. A punto de decir que no..., el chofer se me adelantó "falta un peso!" con la voz ronca. Así yo ya había perdido la iniciativa para anunciar mi problema. Sólo esperando el milagro, buscaba y buscaba en los otros bolsillos para encontrar la nada. Si le podría haber dicho que pagaría la próxima vez. Estaba en situación de jaque mate. Justo en ese instante una mujer de cebada se levantó y dijo, "Bueno, aquí me bajo también!". Al chofer le entregó rápidamente un billete de diez pesos que tenía doblado en la mano. Luego ocurrió algo increíble, mi primer milagro, porque la oí decir, "se paga también para este joven" El colectivo quedaba ya muy lejos con una gran cola de humo y me di cuenta de que me habían salvado. Y ella también ya caminaba delante de mí alejándose. Estaba confuso. No estoy seguro de que le hubiera dicho "Gracias" o no. Pero, ¿qué le iba a decir? O

¿preguntar quién es usted? No tenía manual para la conducta de buen ciudadano. La mujer de cebada verde dio vuelta a la derecha en la esquina para entrar en la zona de pirul y de muros altos. De repente se volteó sin decirme nada y me echó una mirada con una sonrisa indescifrable. Nos miramos por un instante. Yo seguí caminando recto sobre la Tamaulipas como un bulto. Pero, a media cuadra tuve un chispazo en la mente. Regresé a la calle para seguirla. Me hice como puma. Pensé que la alcanzaría a media cuadra. Pero, no había nadie caminando abajo del pirul. Nada de sombras sobre la cal de los muros. Tiempo petrificado bajo el sol ardiente del mediodía en el altiplano. Desesperado, fui corriendo hasta la siguiente esquina y di un vistazo rápido para ambos lados. Estaba vacía la calle. Me volteé para oír los pasos. En fin, nada y nadie. Entre los muros del pirul desapareció la mujer de cebada verde. Unas frases de la poesía de Octavio Paz "La calle" me reviven siempre estos momentos angustiosos:

Todo está oscuro y sin salidas  
y doy vueltas y vueltas en esquinas  
que dan siempre a la calle  
donde nadie me espera ni me sigue,  
(Libertad bajo palabra, 1995, FCE, P.78)

Una vez que desapareció la mujer de cebada verde, sólo quedó su mirada inocente en mi memoria, y esa me hace recordar un suceso similar que me pasó en Japón en vísperas del viaje a México: experiencia de la mirada original. Aquí tengo que relatar un poco sobre mi pasado que dejé en Japón. Mi viaje de estudios a México no fue producto de una ocurrencia espontánea, sino una reacción ante las circunstancias históricas a fines de la década de los 60: movimiento estudiantil en las universidades (hambre de estudio) e inicio del alto crecimiento económico (búsqueda de la razón de ser). Por eso, el plan fue contemplado y preparado con tiempo. Abandoné mi casa, mi pueblo, mis amigos, Pero no me dolía. Esperaba con ahinco el día de mi salida. Pensaba que yo estaba perfectamente identificado con lo que iba a hacer. Pero, estaría lejos de la verdad si dijera que el proyecto había marchado sin ninguna preocupación.

Primero: no tuve el apoyo decidido de mis padres. Segundo: la carencia de noticias de México. Para apaciguar estas dos inquietudes de un golpe, acepté la sugerencia de mis padres de que yo trabajase por una temporada en un parque de cactus cuyo dueño era un “latifundista” moderno, dicen que tiene muchos contactos con México y que va muy seguido al país de los cactus. Pasaron unas semanas inútiles y angustiosas cuidando los loros, gallinas, vigilando en el interior como empleado del parque. Todo dependía de mi empleador. Fueron días muy frustrantes sin saber cuándo o puede ser mañana, o unos meses más adelante. Una de estas mañanas me topé con la mirada de una mujer dentro del tren en que yo iba al parque. Esa no era una mirada para ver un objeto sino una mirada humana y penetrante. Me arrastró una extraña sensación que jamás había tenido antes. Me quedé paralizado un instante como si me hubiera penetrado una corriente eléctrica. Sentí que estaba aflorando el otro yo enterrado desde el fondo del agua subconsciente. Fue mi primera experiencia de la soledad y la comunión. Impulsada por el ánimo de unir y de reunirme con mi otra mitad, buscaba a la mujer de la mirada entre los telones de la multitud que pasaban en la estación. Yo seguí persiguiéndola hasta que se desapareció en uno de los edificios de mármol y cristal. Detrás de la firmeza vive enterrado el otro invisible y angustiado y en el momento extremo salta explosivamente en la superficie del agua subconsciente. Unidas las dos miradas, tanto la desaparecida entre la multitud del tren, como la perdida entre los telones del circo, se recreó mi pasado personal como una experiencia de todos los hombres.

Los primeros días en México son sinónimo de nuevas lenguas, nuevos amigos, nuevas comidas y sin fin de las nuevas experiencias de mi juventud. También significan estos días como los del encuentro con el otro yo enterrado en Japón.

Pisé algo. Hizo ruido. Entonces recobré el sentido. Se dispersaban a mis pies rojos frutos secos del circo.